

## Los intelectuales de derecha frente a la nación y lo popular. Argentina, primeras décadas del siglo XX

*Os intelectuais da direita face à nação e ao popular.  
Argentina, início do século XX*

*Right-wing intellectuals facing the nation and the popular.  
Argentina, early twentieth century*

Olga Echeverría\*

**Resumen:** A los nuevos actores que se iban constituyendo. Pero, era además un elemento identitario A partir de las transformaciones que vivió la Argentina desde fines del siglo XIX y desde la implantación de la democracia de voto universal masculino en 1912, las élites comenzaron a inquietarse por lo que consideraban un orden desvirtuado y una peligrosa denigración de las jerarquías. En ese contexto, algunos escritores comenzaron a deleitarse con la idea de que eran las “minorías espirituales superiores” las que daban carácter a un pueblo y no las mayorías, por lo que en ellos debía recaer la dirección moral y política, de la nación. Y comenzaron a surgir movimientos autodenominados nacionalistas que paulatinamente fueron abandonando su carácter nativista-cultural para asumir un perfil ideológico y político concreto. Los conceptos nación y nacionalismo fueron instrumentos discursivos aglutinadores de esta naciente derecha antidemocrática. En esa apuesta política, dedicaron muchas páginas a menoscabar la cultura popular. En principio, la descalificación era un argumento para deslegitimar políticamente que los ayudaba a constituirse como el opuesto positivo de lo excluido.

**Palabras clave:** Argentina; nación; jerarquía; cultura popular

\* Doctora en Historia, investigadora el CONICET y docente en la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Se ha especializado en el estudio de los intelectuales de derecha y de las subjetividades individuales y colectivas. Es la autora de *Las voces del miedo: los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo XX*. <[olgaecheverria23@gmail.com](mailto:olgaecheverria23@gmail.com)>. Doutora em História, pesquisadora do CONICET e professora na Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Especializou-se no estudo dos intelectuais de direitas e das subjetividades individuais e coletivas. É autora de *Las voces del miedo: los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo XX*. <[olgaecheverria23@gmail.com](mailto:olgaecheverria23@gmail.com)>. PhD. in History, CONICET researcher and professor at the Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Specialized in right-wing intellectuals and individual and collective subjectivities, she is also the author of *Las voces del miedo: los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo XX*. <[olgaecheverria23@gmail.com](mailto:olgaecheverria23@gmail.com)>

**Resumo:** A partir das transformações que a Argentina viveu desde o final do século XIX e desde a introdução do voto universal masculino em 1912, as elites começaram a preocupar-se com o que consideraram uma ordem distorcida e uma depreciação perigosa de hierarquias. Nesse contexto, alguns autores começaram a animar-se com a ideia de que eram as “minorias espirituais superiores”, capazes de dar caráter para o povo, e não a maioria. Portanto, consideravam que a direção moral e política da nação devia ser recair sobre eles. Começaram assim a surgir movimentos autodenominados nacionalistas que foram paulatinamente abandonando seu caráter nativista-cultural para assumir um perfil ideológico e político concreto. Os conceitos de nação e nacionalismo foram instrumentos discursivos aglutinadores desta nascente direita antidemocrática. Neste jogo político, dedicaram muitas páginas para minar a cultura popular. Em princípio, a desqualificação foi um argumento para deslegitimar politicamente os novos atores que se formavam. Mas foi também um elemento de identidade que ajudou a estabelecer-se como o oposto positivo do excluído.

**Palavras-chave:** Argentina; nação; hierarquia; cultura popular

**Abstract:** After the transformations that Argentine suffered at the end of the 19<sup>th</sup> century, and since the implantation of Democracy of universal male suffrage in 1912, the elites started to worry about what they considered a distorted order and a dangerous depreciation of hierarchies. In this context some writers began to enjoy themselves with the idea of being the “spiritual superior minority”, capable of giving character to the people. They considered that the moral and political direction of the Nation should be based on them. Self-denominated nationalist movements began to arise, gradually abandoning their cultural-nativist character in order to develop a concrete ideological and political quality. The concepts of nation y nationalism were discursive instruments which helped unify this incipient, anti-democratic right-wing. In the political gamble, they dedicated several pages to undermine the popular culture. At the beginning, this disqualification was an argument to politically discredit the new actors that were emerging. Also, it was a distinctive element that helped them to show themselves as the positive opposite of the excluded.

**Keywords:** Argentina; Nation; hierarchy; popular culture

---

## Introducción

A partir de las fuertes transformaciones que vivió la Argentina desde las décadas finales del siglo XIX, debido a su incorporación a la dinámica capitalista internacional y la organización de un Estado centralizado y fuerte, las clases dominantes del país y sus intelectuales, vivieron cruzados por la tensión de disfrutar los beneficios que ese nuevo orden les otorgaba y la preocupación por los efectos no deseados. La masiva inmigración de hombres y mujeres provenientes, mayoritariamente, de los países mediterráneos y no los idealizados trabajadores non europeos que habían soñado, el surgimiento del movimiento obrero, la circulación de ideas de izquierda y la paulatina constitución de una sociedad de masas con costumbres y demandas propias llevó, en

principio, a miradas melancólicas que reinventaban un pasado armónico y ordenado.

No obstante, cuando se instauró la democracia de voto directo, obligatorio y universal masculino, cuando se produjo el estallido de la Revolución Rusa y las primeras huelgas obreras en el país, esa nostalgia fue ganando sentido político y violencia. En este proceso, la primera elección presidencial, realizada bajo la ley de voto secreto y universal masculino en 1916<sup>1</sup>, implicó un primer momento fundacional, estructurador de una perspectiva autoritaria que venía construyéndose desde bastante tiempo atrás y articulaba tanto aspectos objetivos como subjetivos.

El resultado de esa elección no fue el que las elites esperaban. El triunfo de la Unión Cívica Radical (UCR), un partido que se manifestaba como representante de los sectores populares y medios y que se había construido en la crítica al Régimen oligárquico, era el fracaso del proyecto reformista liberal-conservador que no había logrado articular un partido orgánico de derecha que mantuviera el poder en manos seguras, en un contexto de ampliación –profiláctica– de la ciudadanía (BOTANA, 1995).

Si bien es cierto que algunos sectores conservadores no habían confiado en las virtudes de la reforma y que habían alzado sus voces antes los primeros resultados desfavorables de las elecciones provinciales celebradas en 1914 y 1915, fue recién tras la elección de Hipólito Yrigoyen, el candidato de la UCR, que los temores comenzaron a extenderse a grupos más amplios de las clases propietarias.

El gabinete de Yrigoyen mostraba una importante presencia de terratenientes y, por lo tanto, la ausencia de crítica profunda a los fundamentos de dominación social (PERSELLO, 2007). Pero, si había una transformación en el sistema político que abría paso a las demandas de sectores medios urbanos que reclamaban participación en la estructura estatal y de sectores obreros que pedían –y a veces obtenían– políticas sociales tanto como la intermediación del Estado en los conflictos con las patronales (FALCÓN, 2000; DASSO, 2008). Aunque puedan parecer modestas, esas innovaciones mostraron que las elites no estaban dispuestas a resignar ninguno de sus privilegios y mostraron su disgusto por la forma de ejercer el poder de Yrigoyen,

---

<sup>1</sup> La reforma electoral de 1912, que instauraba el voto secreto, universal masculino y obligatorio, fue la respuesta del sector reformista del Régimen oligárquico a las críticas cada vez más extendidas a la falta de legitimidad de su dominio y a las restricciones a la participación política.

por el ingreso de sectores medios a la estructura estatal y a las aulas universitarias, por la politización de los sectores populares y medios y por el creciente y notorio irrespeto a las jerarquías sociales. De tal modo, el discurso y la práctica anti democrática que se fue gestando, estaba compuesta de postulados que hacían referencia a realidades objetivas (aunque exageradas por la mirada atemorizada de las elites) y por presunciones emotivas, que hacían que los miembros de las clases propietarias y sus intelectuales, se sintieran amenazados e inseguros ante un mundo desconocido e inesperado.

Cuando Yrigoyen ganó las elecciones que lo llevarían a su segunda presidencia, en 1928<sup>2</sup>, la indignación y el asombro se volvieron programa político-ideológico y se constituyeron los diversos focos que organizarían la campaña destituyente<sup>3</sup>.

Fue entonces cuando los intelectuales que desde hacía unos años venían advirtiendo sobre los peligros de la democracia, y que

<sup>2</sup> En el período que transcurre entre la primera y segunda presidencia de Hipólito Yrigoyen el poder siguió en manos de la UCR, pero de una fracción conservadora que no resultaba inquietante para las clases dominantes. De hecho, Marcelo T. de Alvear, presidente de dicho período, era un hombre de la elite y como tal se comportó (CATARRUZZA, 1997).

<sup>3</sup> El estudio de la temprana derecha argentina ha recibido la atención de la historiografía en diferentes momentos históricos. La mayoría de esas publicaciones se centran fundamentalmente en el análisis de lo que los/as autores/as consideran su elemento determinante y caracterizador: el nacionalismo (BARBERO; DEVOTO, 1983; CÁRDENAS; PAYÁ, 1978; MC GEE DEUTSCH, 1986; NAVARRO GERASSI, 1969; ROCK, 1987 y 1993). Como he sostenido en trabajos previos, no concibo al nacionalismo como el elemento determinante de la definición de derecha, sino que más bien debe ser visto como un rasgo entre otros que fue utilizado con un sentido emotivo para aglutinar posiciones diversas y proyectos no menos divergentes y apelar a una disciplina –en nombre de la nación– que deslegitimara posturas sectoriales y reclamos democráticos. Asimismo, en esos estudios sobresale la discusión en torno a los posibles vínculos del “nacionalismo” argentino con el movimiento fascista. Dentro de esta perspectiva podemos distinguir dos corrientes: Navarro Gerassi, Devoto y Zuleta Alvarez relativizan los puntos de contacto entre ambos fenómenos y privilegian los componentes originarios del “nacionalismo”. Por su parte, Buchruker enfatiza dicha relación (BUCHRUCKER, 1987). Pero no es menos cierto, como señalan Bejar y Barletta, que muchos de los estudios “aparecen vinculados con el afán de explicar los orígenes y la naturaleza del peronismo y con el interés de comprender la militarización del escenario político” (BEJAR; BARLETTA, 1988, p. 357), lo cual lleva, según mi criterio, a perder de vista la dimensión específica de esta identidad autoritaria y, en un punto, reducir a mero espacio preparativo de lo que vendrá a una tendencia que, más allá de las concreciones efectivas, contribuyó a la conformación de un ideario, una concepción política e ideológica en el imaginario social de la Argentina contemporánea. Entrado el siglo XXI, la problemática ha ganado un recobrado interés, con trabajos que evidencian las transformaciones de la historiografía y, en algunos casos, los aportes de una nueva generación de historiadores/as que han avanzado sobre análisis que prestan atención a aspectos particulares, a organizaciones, idearios y referentes específicos y apoyándose en perspectivas que superan o amplían lo estrictamente político, han permitido un conocimiento más profundo y la detección de acuerdos y tensiones entre los diferentes actores, la articulación compleja de ideologías diversas, la mirada comparativa no sólo con las derechas europeas sino también con los grupos e intelectuales latinoamericanos y la historicidad de los idearios (LVOVICH, 2003 y 2006; BOHOSLAVSKY, 2008; TATO, 2004; DEVOTO, 2002; NORIKO, 2004, KOZEL, 2008, etc.).

reclamaban una mayor movilización de las *clases superiores*, dieron un paso hacia posturas políticas más concretas y pensadas como formas de acción. Fue así como empezó a delinearse el perfil de una tendencia política, ideológica y estética compleja, y con notorias diversidades, que habitualmente ha sido denominada como nacionalista pero que aquí se prefiere nominar como derecha autoritaria o antidemocrática<sup>4</sup>. En ese intento de construirse como actores políticos fundamentales, los intelectuales recurrieron a su arma más aventajada, es decir al pensamiento y lo postularon como la única capacidad que podía poner fin a la degradación del país. Se trataba de un agrupamiento laxo, heterogéneo, cruzado por luchas de egos e individualismos, integrado por hombres que provenían de experiencias vitales, político-ideológicas e intelectuales diversas. Algunos habían alcanzado reconocimiento por su obra literaria, tal el caso de Leopoldo Lugones, otros, como Carlos Ibarguren, habían sido hombres destacados del Régimen oligárquico y del reformismo liberal-conservador, unos cuantos más provenían de las filas del catolicismo<sup>5</sup> y se presentaban como punta de lanza de la ofensiva de la nación católica que debía implementarse y para ello crearon, en 1928, la Revista *Criterio*, un órgano de prensa militante y con pretensiones formativas de la clase superior necesaria. En tanto que una nueva

<sup>4</sup> El concepto derecha/s es, como tantos otros, un concepto complejo, muchas veces inasible, sin embargo se concibe que es posible llegar a una definición no contingente, no ocasional, no esencialista y viable de aplicar a la variedad de posiciones históricamente desarrolladas. Al momento de identificar a las derechas se entiende que el sostenimiento de la desigualdad entre las personas es un criterio para tener en cuenta. Si bien podría decirse que la desigualdad es anterior al surgimiento de estas tendencias, es precisamente ese un aspecto que los actores que pueden ser calificados como de derecha señalan enfáticamente, concibiendo a la desigualdad como un dato “natural”, consustancial al orden humano y se aglutinan y se actúan en pos del sostenimiento de ese orden desigual. En ese sentido y como ha señalado HOBBSAWM (1994, p. 34), lo interesante es que para los sectores de derecha, todo intento de cambio social proveniente de sectores a los que tradicionalmente se considera inferiores era experimentado por el que auto-considerado superior como un cuestionamiento del orden natural, una violación de la lógica social. Dada esta amplitud, las derechas en general, y específicamente en el caso que se analiza, son colectivos amplios, diversos y dinámicos que están siempre construyendo y reconstruyendo su identidad. Para el período que aquí se analiza, las derechas y sus intelectuales fueron despreciando la legitimidad del sistema y la práctica política democrática y se volcaron a soluciones drásticas, autoritarias, que conservaran el orden previo a las democracias mayoritarias y por ende el dominio absoluto de las clases “superiores”. Se trataba por lo tanto de una derecha que incorporaba vertientes conservadoras, otras más radicalizadas, militaristas, hispano-católicas, pero que confluían en una expresión autoritaria, antidemocrática y elitista.

<sup>5</sup> Los intelectuales católicos eran los que más cohesionados estaban y la revista *Criterio* fue funcional a esa integración. Sin embargo las diferencias también eran muchas. Había intelectuales eclesiásticos, como Julio Meinvielle, que buscaban retornar a un orden cristiano feudal, otros como Gustavo Franceschi, anhelaban la instauración de una democracia funcional. Pero también dentro del amplio paraguas del catolicismo encontramos intelectuales no orgánicos, como el escritor Manuel Gálvez, que desde su autonomía no dejó de contribuir con los proyectos y la política de la Jerarquía eclesiástica.

generación que se nucleaba en torno al periódico *maurrasiano* La Nueva República (con los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta y Ernesto Palacio a la cabeza) reclamaban un futuro que la democracia pero también la vieja y *mediocre* oligarquía habían malogrado (ECHEVERRÍA, 2009).

No alcanzaron a constituir un grupo, ni siquiera un movimiento, se trató más bien de una articulación débil, un encuentro de hombres que estaban convencidos de su superioridad y no se sentían reconocidos ni escuchados por una sociedad que desconocía las jerarquías y que por lo tanto se desenvolvía en un estado permanente de *caos y desintegración*. Los unía su elitismo (aunque fundado en diferentes bases), el desprecio por aquellos a los que consideraban vulgares, insignificantes y limitados, y el sentirse víctimas de un mismo destino de desplazamiento y de aspiraciones frustradas. Los enlazaba, por lo tanto, un diagnóstico sobre el presente y un sentimiento apesadumbrado sobre el futuro.

Si bien las discrepancias eran múltiples, la definición esquemática de un otro opuesto al que había que vencer para poner las cosas en su lugar, los ayudó a construir una identidad que, aunque precaria e inestable, les permitía pensarse parte de un mismo colectivo que compartía una percepción y una “afinidad ideológica y hasta sentimental” sobre el presente y el futuro de la nación y de ellos mismos como sujetos políticos vinculados a partir de una “estructura del sentir” con relaciones internas específicas, entrelazadas y a la vez en movimiento, que toleraban diferencias para dar lugar a “una experiencia social que todavía se hallaba en proceso” (WILLIAMS, 1984). Se consideraban parte de un “nosotros” distinguido por pensamiento superior, por origen social, dignidad y honor y por la delicadeza y refinamiento de sus actos y apreciaciones. Compartían una voluntad elitista y autoritaria, entendían que el dominio por parte de una minoría (esclarecida, culta y superior) constituía una realidad histórica y natural y en base a ello construyeron una compleja explicación de la esencia de los grupos sociales y de los fenómenos de poder y dominio. Esta concepción fue asociada a la idea de un destino fatal de la sociedad moderna de masas.

Frente a ese colectivo distinguido aparecía un “ellos” que involucraba a los sectores populares, y también a los “diferentes” (LVOVICH, 2003; LVOVICH; BOHOSLASVSKY, 2009) que merecían ser estigmatizados y repudiados por sus comportamientos vulgares, por su estética errónea y por encarnar valores y prácticas alejadas del buen gusto y la decencia.

El discurso antidemocrático se construía a partir de un profundo desprecio a la plebe y a sus criterios y manifestaciones. Una masa incapacitada de comprender el refinamiento y la excelencia de actos y

pensamientos. No se encontraba en disponibilidad de discernir siquiera su propio futuro, mucho menos el de toda la nación. Y fue, precisamente, en nombre de la nación que buscaron insertarse en la arena política e impulsar sus anhelos autoritarios y jerárquicos.

### **La nación como apelación política y sentimental**

Durante la etapa conspirativa que llegó hasta 1930, es decir hasta el golpe de Estado que derrocó a Yrigoyen y puso en el cargo de presidente al general José Félix Uriburu, los intelectuales autoritarios de derecha desarrollaron su actividad con vínculos inciertos con el liberal-conservadurismo y las Fuerzas Armadas. Sin embargo, se sentían parte de un selecto grupo, llamado a ocupar espacios de poder y a reordenar al país. Fue un período de intenso despliegue intelectual, utilizado como legitimación política y, fundamentalmente, de gran utilidad para *crear ambiente* a través de sus conferencias y escritos que buscaban generar descontento para con el gobierno democrático al tiempo que llamar a las clases superiores a recuperar el ánimo y el poder.

Sin embargo, las crónicas de los sucesos del 6 de septiembre, tanto como la historiografía que los aborda, pusieron en evidencia que los militares capitalizaron a su favor todo el descontento y la campaña de agitación previa. Julio Quesada, en escritos contemporáneos al golpe de Estado, subrayaba el esfuerzo, la decisión y la entrega patriótica del Ejército, y en particular del general Uriburu, y sólo en segundo término recordaba la participación de ciudadanos civiles: “*que han sido factores importantes en la preparación del movimiento nacional*” (QUESADA, 1930, p. 55). Según se sabe, por ejemplo, fue el general Uriburu quien informó y convocó a Carlos Ibarguren, su primo, a la sublevación. También resulta elocuente recordar que Julio Irazusta se encontraba de viaje por Europa y que fue informado por su hermano Rodolfo de los sucesos de septiembre. De tal modo, la toma del poder fue una operación fundamentalmente castrense, avalada por los viejos dirigentes liberal-conservadores, donde la actuación de los auto-denominados nacionalistas se limitó a contribuir con la creación del clima político adverso a Yrigoyen en la misma medida en que lo hicieron otros grupos políticos no yrigoyenistas pero alejados del nacionalismo radicalizado. (ZULETA ÁLVAREZ, 1975, p. 239).

El golpe de Estado mismo y los gobiernos que de él emergieron fueron promovidos, dicho esto esquemáticamente, por dos tendencias contrapuestas. Por un lado, la llamada línea Uriburu, minoritaria dentro

del conjunto, de creciente devoción corporativa, en la que se integraban los escritores de la derecha autoritaria. Esta corriente incriminaba a todos los profesionales de la política, y planteaba, no siempre expresamente, una transformación profunda del sistema y un recambio completo de las formas y de los hombres del poder, es decir, no sólo los del yrigoyenismo, sino de todos los políticos. Por otro lado, la línea Justo-Sarobe, que comprendía a la mayoría de la oficialidad interviniente, a los referentes del liberal-conservadurismo y a los antipersonalistas<sup>6</sup> (CIRIA, 1968, p. 18), exponía una determinación política decidida a promover un recambio de hombres y desterrar al radicalismo personalista del campo político argentino, pero no buscaba eliminar “*las instituciones, ni los partidos*” (SAROBÉ, 1957, p. 63). Como herederos del régimen oligárquico y representantes de la elite política liberal-conservadora propugnaban reemplazar al yrigoyenismo pero mantener, exclusivamente como forma, la vigencia constitucional y la reforma electoral. Si bien quien se benefició con la presidencia hasta febrero de 1932 fue el jefe de la tendencia corporativa, el gabinete estuvo integrado por hombres del conservadurismo, representantes de la vieja elite de poder y de los grandes capitales internacionales. Hecho que, obviamente, no pasó desapercibido para los intelectuales autoritarios. Así, Manuel Gálvez en su biografía de Yrigoyen, expresó que “*Los primeros actos del gobierno de Uriburu no dejan duda de que la revolución será, si no lo es ya, una restauración del régimen*” (GÁLVEZ, 1939, p. 449). En el mismo sentido, los hermanos Irazusta expresaron su queja porque los políticos habían usufructuado una revolución, que según su perspectiva, se había hecho contra ellos.

El golpe de Estado de 1930, más allá de sus fuerzas en conflicto y de sus ambigüedades, significó la clausura de la democracia liberal. La heterogénea coalición que había llevado adelante el golpe de Estado expresaba esa victoria por sobre los principios de la democracia mayoritaria, ya sea por la propulsión de proyectos corporativos, ya sea por consagración de la democracia fraudulenta. La coincidencia de la crisis en el modo de desarrollo y en las formas de dominación política cargó a 1930 de un sentido de clausura. En la nueva era, las formas de gobierno, planteadas abiertamente o disimuladas bajo ropajes falsos, estaban desligadas –y se manifestaban en oposición a– de las ideas de representación (MACOR, 1999). Como puede advertirse, la auto percepción de sus fuerzas, y de lo que representaban en el imaginario

<sup>6</sup> Agrupación crítica del personalismo y el liderazgo vertical del presidente Yrigoyen.



social en tanto intelectuales esclarecidos fue, sin lugar a dudas, desmedida y errónea. El rumbo tomado por el gobierno cívico militar emergente del golpe de Estado, tanto como la casi total ausencia de estos intelectuales en el elenco gobernante, les mostró, traumática y abruptamente, que el mundo de la política funcionaba sin ellos. La sucesión del general Justo a la presidencia, en 1932, fue otra demostración indiscutible del fracaso.

A partir de esta amarga constatación, todas estas figuras fueron abandonando el optimismo previo y trabajaron por constituirse como actores políticos más definidos, con un lugar más propio y significativo. Situación que los llevó a buscar una solución pensada por encima de la política, de las estructuras y formas políticas establecidas, que sirviera como argumento absoluto, indiscutible e infranqueable para posiciones más parciales. Aparecieron así reforzados los conceptos de nación y nacionalismo. Como portadores de esa identidad pretendidamente inclusiva y superadora de intereses sectoriales, buscaban instalarse por encima de la esfera política, a la que indicaban mezquina, fragmentada y facciosa, y presentarse ante la sociedad como los promotores y guardianes del bienestar general. Esto trajo aparejado una nueva concepción de la soberanía. Esta ya no residía en los individuos, ni en el pueblo, sino en la abstracta concepción de la nación. Ellos eran sus intérpretes, sus guías. La organización al servicio de esa soberanía, más allá de todos los debates y luchas discursivas que generó la posible corporativización de la sociedad y de la política, implicó una reconsideración de lo nacional y la importancia de la apelación nacionalista como instrumento político y legitimante de sus aspiraciones.

Pero, este “nacionalismo” no puede ser considerado como el elemento primero, constituyente y definitorio de la identidad y las propuestas de estos grupos e individualidades. En realidad, implicaba una retórica, un discurso que ocultaba más de lo que evidenciaba sobre las características, perspectivas y proyectos de la derecha autoritaria argentina.

En líneas generales, los intelectuales de la derecha autoritaria argentina entendían a la nación como a una situación de orden, una estructuración jerárquica y disciplinada, destinada a deslegitimar todo reclamo sectorial y/o ideológicamente opuesto a los intereses de quienes se arrogaban la capacidad de hablar en nombre de un supuesto interés superior y prácticamente sagrado, el de la nación.

Por un lado, en Lugones, la apuesta nacionalista se relacionaba con un concepto de nación entendida como situación de orden, una estructuración jerárquica, disciplinada y altamente productiva. Su

concepto de nación exigía el status de un mito, una construcción ideológica que se asentaba en fundamentos subjetivos y emocionales: la nación era un destino de grandeza. No se trataba, entiendo, de una realidad precedente que evolucionaba, sino que era un espíritu, una atmósfera de orden, esplendor y gloria. El mito de “la patria fuerte” (LUGONES, 1930, p. 194 y ss.) era en sí mismo una realidad, ya que era el instrumento, la fuerza histórica necesaria para poder cumplirlo. Era pensado como estímulo a la voluntad de acción, para la homogeneización de la sociedad y la utilización efectiva y eficaz de sus energías. El mito permitiría canalizar, sin riesgos, la participación de la sociedad de masas en ese anhelado contexto de orden y disciplina. Es decir, su proyecto de nación iba asociado a una situación de fortaleza, victoria e incluso imposición. Emergía como una concepción esencialista, excluyente y defensiva (como paso previo a una actitud ofensiva) de la nación. Su existencia se afirmaba más allá de las formalidades legales, y se concretaba en la subordinación del colectivo, en la identificación de la sociedad en ella. La nación y el nacionalismo lugoniano, siempre proclive a volverse belicoso y altivo (LUGONES, 1930 (b), 1930, 69), era una promesa de futuro. De esa concepción emergía su corporativismo, que era pensado como beneficioso para dismantelar conflictos, encauzar las fuerzas productivas y someter intereses divergentes.

Para Carlos Ibarguren, el nacionalismo también constituía una herramienta política ordenadora. Una manera de alcanzar una estructuración política y social en la que el Estado recogiera, controlara, armonizara y fomentara todos los intereses de todas las clases. Pero, a diferencia de Lugones, la nación y el nacionalismo de Ibarguren no se fundaban en el porvenir sino que era fruto del pasado, de la tradición, de la obra de las elites patricias. Según entendía y buscaba evidenciar, los orígenes se remontaban a los tiempos de la conquista y su proyección se construía sobre esos cimientos de cultura y civilización. La nación era, por lo tanto, patria: el lugar de los padres, un cuerpo místico con unidad de propósitos que unía a las diferentes generaciones de las minorías cultas (IBARGUREN, 1977).

La unidad, para Ibarguren, se expresaba a través del idioma, de la tradición y, especialmente, del hecho religioso, entendido este como fuerza cohesiva. Todos estos elementos eran legitimados por la voluntad de la élite, por sus apreciaciones morales, y reunía en una única alma, a vivos y muertos. Para la consecución de sus objetivos se asentaba en la organización corporativa que debería servir para allanar dificultades, encauzar a las fuerzas productivas, concertar tendencias dispares y

someter intereses divergentes. El Estado debía ser el órgano propulsor y operador de la energía del conjunto social. Dado que interpretaba supuestos intereses y anhelos colectivos, la nación tenía que ser estímulo para las acciones y guía de las conductas.

La nación y el nacionalismo, entonces, era un discurso que buscaba interpelar a un organismo vivo y que por lo tanto debía ser dúctil, adaptable, como por ejemplo sostenían los *maurrasianos* hermanos Irazusta, el sujeto de la historia era la nación, una entidad colectiva, “natural” e irrepetible, que tenía sus propias leyes orgánicas de crecimiento, sus propios ideales y valores, representaba una forma específica de adaptación al medio ambiente y a la propia fisonomía, que no permitía ser violentada, que se expresaba a través de un “espíritu”. El pasado de la nación era un valor en sí mismo, su reconocimiento era un imperativo ético, pero fundamentalmente una manera de proyectarse, de esclarecer la práctica política. Para el grupo *maurrasiano*, también implicaba la apelación disimulada a la conquista de un orden jerarquizado y diferenciado. Su perspectiva implicaba tanto una consideración moral como un contenido material. La dimensión moral de la nación y el nacionalismo era explícitamente utilitaria. Los Irazusta y sus compañeros de ruta, fueron siempre más proclives a las nociones políticas, pragmáticas, antes que ideológicas, por ello la nación quedaba subordinada a la forma de gobierno. El nacionalismo, que en ellos incorporaba una reivindicación de soberanía económica (IRAZUSTA, 1934), era instrumento privilegiado de una política pragmática, un elemento útil para construir una identidad nacional, entendida como un deber ser, superadora de identidades parciales, contradictorias. Pero, lejos de aferrarse a un concepto predeterminado, concebían que el nacionalismo era movimiento, era un discurso que buscaba interpelar y convocar a un organismo vital, por lo tanto, cada generación debía reflexionar sobre los orígenes y resolver, de acuerdo a las necesidades, lo más conveniente en función del destino (PALACIO, 1939). Un destino que, principalmente, era orden y patrimonio.

Por su parte, los sectores católicos afincaban a la nación y al nacionalismo en el contenido religioso. Esa fue la gran batalla de la Revista *Criterio*, convertida en voz de la Jerarquía Eclesiástica y en laboratorio ideológico de la derecha católica. La reafirmación moral era esencial e inseparable de la definición del nacionalismo. Pero, éste era entendido básicamente como instrumento de redención y no tanto como forma política. El concepto de nación católica implicaba una dimensión cultural permanente, general y eterna que involucraba al conjunto de

la sociedad. Aquellas naciones que no se identificaban con el espíritu y el dogma del catolicismo eran sólo instituciones de la historia, es decir meras entidades empíricas, “pseudo conceptos”, creaciones convencionales. El nacionalismo católico implicaba un espíritu, un ser nacional fundado exclusivamente en el catolicismo. Había nación en su sentido más profundo, sólo cuando la misma se expresaba en el contenido religioso. Asimismo, el nacionalismo, desde la perspectiva del catolicismo tenía límites muy precisos, era útil y necesario para construir identidades católicas específicas que sólo cobraban su sentido pleno en la articulación universal que emanaba de la autoridad papal. La religión católica era unidad de origen tanto como proyección trascendente. Nada podía ser más esclarecido y más dominante que la propia Iglesia, de allí las críticas constantes, los debates y los cuestionamientos a las posturas más estatizadoras y a la perspectiva utilitaria de lo religioso (en tanto elemento disciplinario) de otras identidades de la derecha.

Así concebido, el alegato nacionalista, y más allá de sus diferencias y contrapuntos, instalaba a sus portadores por encima de la esfera política, a la que se señalaba como mezquina, fragmentada y facciosa y los presentaba ante el conjunto social como los únicos incontaminados promotores -y guardianes- del bienestar general, del interés preciso de la nación. De tal modo, para decirlo concretamente, el requerimiento nacionalista de la derecha autoritaria disimulaba una cuestión fundamental como era el rechazo a toda forma (más o menos radical) de soberanía popular. El gobierno representativo, típico de la modernidad, era sindicado como un gobierno de intereses encubiertos, disgregador y corrupto, por lo tanto la soberanía popular era presentada como un dogma falaz que los políticos sostenían para su propio usufructo. Por ello, los intelectuales de la derecha antidemocrática proponían en lugar del ideal individualista y anárquico de la libertad ilimitada, un ideal social y disciplinado de la nación, al que los sujetos se debían hasta el sacrificio. La soberanía de la nación no podía, de ninguna manera, quedar supeditada a la del pueblo ni responder a la paradoja de la *igualdad antinatural*, por lo cual, y ante la endeblez del cuerpo social, se volvía imprescindible la constitución de un gobierno fuerte, dirigido por los espíritus más destacados, los portadores conscientes de un propósito nacional.

Es decir, la nación implicaba una ofensiva confrontativa que se constituía por encima de la voluntad de los individuos y, que decía estar por arriba de todo y al servicio del conjunto. De tal modo, era un

destino que se construía por sobre los sujetos y al que estos no podían sustraerse sin traición.

Por lo tanto, se erigieron y presentaron como la conciencia colectiva de toda la nación, a la que le atribuyeron sus propios intereses y en cuyo nombre buscaban transformar la estructura estatal y social vigente. Por lo tanto es necesario remarcar el carácter limitado o restringido del componente nacionalista y entiendo que es válido pensar que el “nacionalismo” de los “nacionalistas” era un dispositivo discursivo de índole instrumental y utilitario. Como puede advertirse, al concepto, se le atribuía no sólo un valor por sí mismo, sino que se alimentaba de los sentimientos y emociones que se derivaban del patriotismo. Pero, las fronteras entre estas dos nociones (patriotismo y nacionalismo) no estuvieron claras, pues como instrumento ideológico destinado a argumentar acciones se asentaba en la ambigüedad de esa definición, en la utilización de palabras grandilocuentes que remitían y partían de lo emotivo.

La retórica nacionalista de la derecha autoritaria buscaba enlazar a dominantes y dominados en nombre de una instancia superior, la nación, ese sentimiento, esa intuición, ese proyecto a realizar. Ante la incredulidad moderna emergía como “nueva religión” que pretendía llenar un vacío histórico (ANDERSON, 1983) e imponer disciplina, voluntad y orden. El nacionalismo fue entonces un discurso que se elaboraba en nombre del bienestar general, pero que en la práctica era un proyecto político que anteponía los intereses de una minoría sobre los del conjunto nacional. Un proceso discursivo de integración que se basaba en la supresión de toda diferencia de opinión, de práctica y de intereses. En definitiva, una estrategia para combatir y deslegitimar proyectos igualitaristas. Implicaba una manipulación de actitudes con el fin de alcanzar reconocimiento y poder y expresaba los intereses de aquellos que se proclamaban como sus portadores, y defensores. De tal modo, se le atribuía valor, más que por sí mismo, por su carácter de instrumento ideológico que alimentaba las emociones y el sometimiento, Una apelación discursiva sentimentalizada que se asentaba en un reclamo de reacción ante el estado de las cosas y que buscaba construir un ideal de cohesión disciplinado y jerárquico ante desafíos y amenazas reales o imaginarias. Pero, era también una matriz ideológica entendida como cimiento indispensable para la canalización de la participación política ordenada de las mayorías.

Tras el fracaso del proyecto uriburista, y su reemplazo por un gobierno claramente identificado con el modelo liberal-conservador,

todos los grupos e individualidades intelectuales que habían admitido una posición autoritaria de derecha debieron asumir que, proyectos con intenciones de poder, y que se auto definían como integrales e integradores, no podían desconocer la existencia del “pueblo” como fuerza política. Una participación que obviamente debía ser limitada, controlada, mantenida en una posición subalterna. En ese sentido, el poder “incorporar” al pueblo y “domesticarlo” era una necesidad imperiosa. Quizás así puedan entenderse los denodados esfuerzos de los intelectuales autoritarios para definir al pueblo.

### **Una perspectiva profundamente antiplebeya**

En todo este proceso, los escritores autoritarios de derecha buscaron legitimarse a partir de la idea de que eran las minorías espirituales superiores las que daban carácter a un pueblo y no las mayorías, por lo que en ellas debía recaer la dirección moral y política de la nación. Como se ha mencionado, la definición esquemática un otro opuesto al que le atribuían todas las características del enemigo, los ayudó a construir una identidad que, aunque laxa y muchas veces en tensión, los acercaba y les permitía considerarse parte de un colectivo auto designado portador de “la verdad”. Invirtiendo la fórmula de civilización o barbarie, sostuvieron que en la ciudad cosmopolita, plagada de pobres indóciles, extranjeros con idearios disolventes, morales endeble y religiosidades peligrosas, se concentraban todos los males y los peores y más fuertes ataques a las jerarquías. Sostenían que dicho desacato conllevaba una degradación moral y cultural de toda la comunidad y, en definitiva, un desborde que afectaba a toda la nación.

Por ello, rápidamente superaron la exclusividad del ataque al naciente movimiento obrero y a las ideologías y perspectivas políticas que ayudaban a conformarlo y lo extendieron hacia un grupo más amplio, más heterogéneo y menos definible en términos socio-económicos y por ende menos factible de ser controlado y encauzado. Ese colectivo, que daremos en llamar sectores populares, involucraba tanto a los trabajadores, a los grupos marginales como a los sectores medios. Los discursos de los intelectuales derechistas estuvieron plenos de diatribas contra las mayorías sociales, que por impericias de la política, se habían convertido en actores políticos y decidían al ocupante del sillón presidencial. La indignación, en nombre de la nación, se expresaba en la descalificación de la cultura popular, al tiempo que reivindicaban la legitimidad “natural” de los sectores distinguidos para el mando, para la

preeminencia social y para la apreciación de lo bello y lo distinguido. La plebe, como gustaban denominar a las mayorías sociales, evidenciaba una auténtica e innata discapacidad para reconocer, deleitarse y aprovechar los atributos del pensamiento y de toda la alta cultura. Para que escribir, se preguntaba retóricamente Lugones, “*si el soberano no puede leerme. Porque es analfabeto el infeliz*” (LUGONES, 1919, prólogo). Esa ignorancia constituía la evidencia más palmaria de que las mayorías no se encontraba en disponibilidad de encaminar sus propias vidas y, sin embargo, definían el destino de la nación y subordinaban, a contra natura, a todos sus habitantes.

Las inclinaciones y los gustos eran la representación práctica de una diferencia natural e inmodificable. Así como había un “país” –el propio– de poseedores del gusto “legítimo”, existía otro “país”, como decía Julio Irazusta, “*guarango y plebeyo*” (IRAZUSTA, 1928, p. 2), que no conocía el “*arte de vivir*” y se manifestaba a través de actitudes deshonorosas e insultantes que, por su sola existencia, implicaban una provocación al orden, pero que además tenían el atrevimiento de tratar de fundar nuevos cánones estéticos que contradecían la verdadera belleza ensalzando formas repulsivas (REYES, 1928, p. 469). Los juicios estéticos y los gustos operaban para estos intelectuales de derecha como mecanismos de identificación y clasificación y, de tal manera, los sectores populares fueron encasillados como el opuesto social y estético, masa ofensiva y perjudicial que confundía los valores y se entregaba apasionada a disfrutes menores, siempre grotescos y desviados y, por lo tanto peligrosos. Sus comportamientos fueron tipificados y las mayorías sociales fueron consideradas como un conjunto impertinente y desproporcionado, pero lo suficientemente homogéneo como para ser definido como una muchedumbre inculta, seguidora no de ideas, sino de hombres y susceptible de ser manipulada por la “*prensa populachera*”, los “*literatos inmorales*” y los políticos inescrupulosos (M.E.D, 1928, p. 49). Se trataba de un grupo inferior que establecía una degradante vinculación con todas las expresiones culturales y sociales. Los llamados deportes populares (particularmente el boxeo y el fútbol) eran un ejemplo contundente de esa degradación. Una vinculación enferma, desafortada y salida de los carriles lógicos de la humanidad. Entendían que ello implicaba no sólo una dañina expresión nacionalista, que fincaba el orgullo patrio en victorias deportivas, sino una desviación estética, ya que los incultos olvidaban los “*hermosos tipos de belleza masculina*” y glorificaban la repulsiva “*masa brutal de bíceps monstruosos, de torso vacuno, de brazos de orangután*” según las palabras de Marcelo

Reyes publicadas en *Criterio*. Es decir, que el deporte, lejos de ser el “*anhelado tonificador de la raza*” se había convertido en una expresión de desarmonía, de extravío y de celebración del músculo por sobre la inteligencia. En conclusión, todas las expresiones de la plebe eran, en sí mismas y en cada uno de sus actos y modalidades, la negación de lo bello y lo sublime.

Las apreciaciones culturales de los distintos referentes de la derecha autoritaria mostraban un patrón similar (sólo matizado por los estilos discursivos) a diferencia de otros aspectos donde la diversidad de apreciaciones y propuestas mostraba un amplio abanico de perspectivas. Todos los intelectuales se asumían como portadores de la “*distinción*” y compartían cánones, percepciones, códigos y ámbitos de desarrollo. Enarbolaban una disposición estética compleja que establecía una relación distante y segura con el mundo y con los otros, pero que al mismo tiempo era una expresión distintiva de una posición privilegiada en el espacio social, cuyo valor distintivo se determinaba, supuestamente, de manera objetiva en relación con las expresiones engendradas a partir de condiciones diferentes. Como es sabido, el gusto, es decir la definición estética, une y separa. Al ser producto de unos condicionamientos asociados a una clase particular de condiciones de existencia, une a todos los que son producto de condiciones similares, pero distingue de los demás (BOURDIEU, 1991, p. 53).

El violento rechazo a la cultura popular tenía, sin duda, un objetivo político y conllevaba la negación de toda posibilidad de que el “*pueblo bajo*” se convirtiese en sujeto político. Sin embargo, no terminaban allí las razones del encono con que se referían a las expresiones artísticas y culturales de los grupos subalternos. De hecho, cuando la participación política estaba proscripta, las críticas no se acallaron, ni redujeron su carga de violencia. En este sentido vale recordar que vale recordar que la “*cultura popular*” no se definía (ni se define) en términos culturales sino en términos sociales. De tal modo, no se buscaba conceptualizar a la cultura popular a partir de ciertos contenidos específicos o de la presencia o ausencia de determinados rasgos; el camino consistía, en cambio, en identificar como cultura popular a la que portaban los sectores o grupos sociales definidos como populares, aun cuando las características culturales de tales grupos podían variar y contrastar dentro de un espectro muy amplio. Es decir: la condición de popular era ajena a la cultura misma y se derivaba de la condición de popular que se le asignaba a la comunidad a la que se hacía referencia (BONFIL BATALLA, 1992, p. 58).



La caracterización y posterior denigración de la cultura popular se había vuelto para los escritores antidemocráticos de derecha en un instrumento identitario y legitimador de ellos mismos y sus grupos de pertenencia. La tipificación –y rechazo– de lo que se consideraba bajo, poco fino, vulgar, venal y servil implicaba una afirmación de la superioridad de aquellos quienes podían ser satisfechos con los placeres sublimados, refinados, desinteresados y distinguidos. Ello se debe a que el arte y el consumo cultural están predispuestos para cumplir una función social de legitimación de las diferencias sociales. El gusto es limitante de preferencias, actitudes, ideas y acciones, y, en principio, pertenece a un orden abstracto que conforma criterios y disposiciones. En ese orden se definen las relaciones diferentes e incluso antagónicas con la cultura, según las condiciones en las que se ha adquirido el capital cultural. Este orden es a la vez el principio generador de prácticas objetivamente enclasables y del sistema de enclasmiento de estas prácticas. Y, como Bourdieu advierte, no existe nada más enclasante que las expresiones artísticas consideradas legítimas que permiten la producción de distingos al infinito (BOURDIEU, 1991, p. 169).

La existencia y cristalización de esa otra idiosincrasia no sólo “inferior” socialmente sino también en lo cultural era beneficiosa para los escritores autoritarios de derecha que, en un período de crisis y transición, necesitaban remarcar su carácter de minoría selecta y superior. Por ello, la censura a las expresiones populares no se enmarcaba en ningún proyecto pedagógico. Si bien algunas estrategias discursivas remarcaban la necesidad de encauzar al “pueblo, arrancándolo de su *“apasionamiento violento”*, de sus apreciaciones antiestéticas y de su *“rudeza brutal”*, en lo profundo celebraban esa diferencia que era constitutiva de sí mismos. En ese sentido, en contraste con lo que proponían los socialistas, los intelectuales autoritarios de derecha no buscaban “redimir” al pueblo y ofrecerle oportunidades para acceder a una cultura considerada superior, sino que se buscaba estigmatizarlos en ese juicio y derivar de él toda una serie de inhabilitaciones, la ya mencionada invalidación política pero también el desempeño en las aulas universitarias o en cualquier tarea intelectual o artística ya que como señalaba Ibarguren había un único *“núcleo de selección en que perdura el alma y el tipo genuino y generador”* (IBARGUREN, 1932, p. 190) que no podía sustituirse y que siempre haría incapaz a quien no lo poseyera, fuera tanto un presidente, un funcionario o un artista (IBARGUREN, 1977, p. 427). Es decir, se remarcaba el desvalor innato

de esa identidad *extraña* que los ayudaba a constituirse y los posicionaba en la diferencia.

Dicho de otro modo, lo que les molestaba no era tanto la existencia de esa cultura “*desviada e indigna*”, sino su visibilidad y su irrupción en ámbitos antes restringidos y selectos. Atemorizaba que esa ofensiva subalterna transformara a la vieja y propia cultura, borrara las diferencias “*Ay Buenos Aires, como te cambian!*”, lamentaba un colaborador de *Criterio*, y esa queja se afincaba, sobre todo, en la presencia de una muchedumbre despreciable y poco conocida (para ellos) que se hacía presente en ocasión de las fiestas patrias, en la asunción de algún presidente, que tenía sus propia música, sus modos de habla y su propia forma de expresar alegría y tristeza.

Lo que resultaba más irritante era tener que compartir –de igual a igual– “sus” espacios con “*pajueranos*”, tener que tropezarse con “*una fauna desconocida*” de caras tostadas, “*trajes nuevecitos y claros, bastones y guantes color patito*”. Esa multitud invasora era bruta, inculta, de asombro fácil, desmesurada, admiradora de artistas tan denigrados como ellos mismos y había “*caído a Buenos Aires a palpitar una esperanza doméstica y presupuestívora*”. Pero, lo peor era que sin derecho alguno se “*adueñaban de la urbe céntrica*” de tal manera que mientras ellos estaban “*nosotros los porteños nos sentimos un poco fuera de casa*” (CRITERIO, 1928, p. 78), asediados, como sostenía monseñor Franceschi, hasta en los “*talleres de los lustrabotas*”.

En el mismo sentido, un personaje ideal, que Monseñor Franceschi llamaba “*el hombre del tango*” o el “*guarango*”, como prototipo de lo popular, reunía todas las condiciones de esa Argentina impropia y vulgar. Una Argentina que se emocionaba ante la “*repugnante*” música del tango, una expresión “*sentimental y cursi*”, un “*absurdo lloriqueo y temblequeo de la voz*” que sólo podría entusiasmar a “*orilleros que bebían copas de coñac falsificado*”. Franceschi, no dejaba de alarmarse por la difusión que había alcanzado el tango, y la rápida y masiva incorporación que de él había hecho el pueblo con la ayuda de los altoparlantes callejeros que lo difundían día y noche. Pero, no sólo en la vía pública estaba el peligro, sino que la radiofonía llevaba los elementos más perniciosos del llamado “*arte contemporáneo*” a los hogares, incluso hasta aquellos que tenían alguna dignidad (CRITERIO, 1931, p. 325) y en ese espacio, los más débiles (mujeres y niños/as) caían seducidos ante la inmoralidad y la imperfección. Gálvez, iba más allá y advertía que la peligrosa corrupción del tango alcanzaba a los jóvenes de familias decentes, *gente bien*, que en medio de *mulatillos y compadritos*

se comportaban como verdaderos *guarangos* llevados por “*la turbia ansia sensual de un tango ardiente*” y se iban a acostumbrando a la canallada y la traición (GÁLVEZ, 1919, p. 8-9).

Incapacitados de contemplar, *brutos*, sólo se sentían conmovidos por una bajeza que llamaban arte “*degradante en su servilismo a menesteres inferiores: así la música dislocada por la contorsión de danzas canallescas como el tango y el fox, así la literatura con sus descripciones en presente y sus desfiles de metáforas, sendas influencias del cinematógrafo*” (LUGONES, 1937, p. 1), sin discernimiento, atacados por un sentimentalismo superficial, vivían sin moral, vidas de muerte, vidas de seres cínicos, cobardes, toscos y soeces en grado máximo: “*en la cabeza llevan una pelambre, pero no un pensamiento*” (FRANCESCHI, 1933, p. 126).

Por su parte, Ernesto Palacio señalaba que las expresiones que respondían a imperativos circunstanciales, vacías del ideal de belleza y de trascendencia, no eran más que perversiones que sólo ofrecían “*platos groseros, intrigas banales condimentadas de sentimentalismo dulzón o pimienta pornográfica*”. Proclamaba que se trataba de una corrupción alentada por el facilismo, las seducciones del mercado y “*el auge del igualitarismo democrático (la zoocracia que decía Baudelaire)*” y que, indefectiblemente, tenía que generar el repudio, “*la repulsión de los espíritus delicados*” (PALACIO, 1936, p. 199-203). En el mismo sentido, Ibarguren imploraba recuperar la cultura tradicional (al servicio de las fuentes morales del lirismo, de la religión y de las tradiciones patrias) ya que ella era garantía de un orden jerárquico claramente opuesto “*al corte sensual del suburbio*” que, por su parte, era la expresión más clara de la insolencia y el desorden (IBARGUREN, 1920, p. 72).

La irrupción de las masas era un signo evidente de que los viejos mecanismos de subordinación social habían dejado de existir o, al menos, mostraban fuertes debilidades. Las antiguas lealtades, las relaciones personalizadas y jerárquicas desaparecían y eran cada vez más reemplazadas por la imagen de una abstracta subordinación de todos los hombres supuestamente iguales frente al Estado. Pero esto no era todo. El propio *status* de las clases superiores estaba puesto en duda en una sociedad donde el ascenso social y la desaparición de las antiguas jerarquías tornaban a las diferencias de clase en algo cada vez más borroso.

De tal forma, la movilidad social, y la extensión de ciertos modos de vida asociados a las expectativas de los sectores medios, como el

acceso a una educación formal (incluso, universitaria), ciertas formas de ocio (como el turismo o la práctica de un deporte) comenzaban a borrar los límites de clases. A esto se sumaba la aparición de grupos sociales nuevos vinculados con la complejización de la administración pública y privada: profesionales de alto rango, ejecutivos asalariados (como los gerentes) y los funcionarios más elevados que muy pronto se confundieron en modos y ámbitos de sociabilidad con los empresarios estrictamente burgueses y con los representantes de la llamada “oligarquía” terrateniente. En síntesis, la identidad tradicional había entrado en crisis.

Por lo tanto, las identidades que buscaban crear los intelectuales de la derecha argentina autoritaria eran una forma de reaseguro y de defensa. Y, por eso mismo, estaban marcadas por una fuerte carga esencialista que hacía referencia a lo innato, lo que determinaba y era inmutable. El narrar quienes eran ellos y quiénes eran los otros era constitutivo mismo de la identidad y de su dinámica, era a partir de su ahora que el pasado cobraba sentido y el futuro podía proyectarse con tranquilidad o con inquietud.

Desde esta perspectiva, los criterios y dictámenes de los escritores antidemocráticos de derecha eran formas que tendían a alcanzar la hegemonía de poder pero que, al mismo tiempo, expresaban su propia fragilidad en la apelación misma de su iterabilidad (BUTLER, 1997, p. 14). De allí la necesidad de apelar a la nación como forma de orden y disciplinamiento social.

## Referencias

- ANDERSON, Benedict. *Imagined Communities: reflections on the origins and spread of nationalism*. Londres: Verso, 1983.
- BARBERO, M.; DEVOTO F. *Los nacionalistas*. Buenos Aires: CEAL, 1983.
- BARLETTA; BEJAR. Nacionalismos, nacionalistas ... un debate historiográfico? In: *Anuario del IEHS*, 3, Tandil, 1988.
- BOHOSLAVSKY, Ernesto. *El complot patagónico*. Nación, conspiracionismo y violencia en el sur de Argentina y Chile (siglos XIX y XX). Buenos Aires: Prometeo, 2008.
- BONFIL BATALLA, Guillermo. *Pensar nuestra cultura*, México: Alianza, 1992.
- BOTANA, Natalio. *El orden conservador*. Buenos Aires: Sudamericana, 1977.
- BOURDIEU, Pierre. *La distinción, criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus, 1991.
- BUCHRUCKER, C. *Nacionalismo y peronismo*. La Argentina en la crisis mundial, 1927-1955, Buenos Aires: Sudamericana, 1987.

- BUTLER, Judith. *Further reflections on conversations of our time. Diacritics*, v. 27, 1, p. 13-15, Spring, 1997.
- CÁRDENAS Y PAYÁ, Carlos. *El primer nacionalismo argentino*. Buenos Aires: Peña Lillo, 1978.
- CATTARUZZA, Alejandro Alvear. *Los hombres del poder*. Buenos Aires: FCE, 1997.
- CIRIA, Alberto. *Partidos y poder en la Argentina Moderna (1930-1946)*. Buenos Aires: Ed. Jorge Álvarez, 1968.
- DASSO, Carlos. La cuestión de la clase obrera y los orígenes del movimiento de masa. *Hologramática*, Lomas de Zamora, v. 6, n. 8, p. 67-96, 2008.
- DEVOTO, Fernando. *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI de Argentina, 2002.
- ECHEVERRÍA, Olga. *Las voces del miedo*. Los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo XX. Rosario: Prohistoria ediciones, 2009.
- FALCÓN, Ricardo. *Democracia, Conflicto Social y renovación de ideas (1916-1930)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2000.
- HOBBSAWM, Eric. La barbarie de este siglo. *Debats*, n. extra 50, 30-37, dic. 1994.
- KOZEL, Andrés. *La Argentina como desilusión*. México: Nostromo, 2008.
- LVOVICH, Daniel; BOHOSLAVSKY, Ernesto. Elitismo, violencia y degeneración física en los diagnósticos de las derechas argentina y chilena (1880-1945). *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Debates. Disponible em: <<http://nuevomundo.revues.org/index57777.html>>. Acceso em: 18 dic. 2015.
- LVOVICH, Daniel. *El nacionalismo de derecha*. Buenos Aires: Capital intelectual, 2006.
- \_\_\_\_\_. *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina, 1890-1945*. Buenos Aires: Javier Vergara, 2003.
- MACOR, Darío. Estado, democracia y ciudadanía. Una perspectiva histórica. In: MACOR, Darío (Org.). *Estado, democracia y ciudadanía*. Buenos Aires: UNLP-Página/12, 1999.
- NAVARRO GERASSI, M. *Los Nacionalistas*. Buenos Aires: Jorge Álvarez, 1969.
- NORIKO, Mutsuki. *Julio Irazusta*. Treinta años de nacionalismo argentino. Buenos Aires: Bibos, 2004.
- MCGEE Deutch, Sandra. *Counterrevolution in Argentina, 1900-1932: The Argentine Patriotic League*. Lincoln: University of Nebraska Press, 1986.
- PERSELLO, Ana Virginia. *Historia del radicalismo*. Buenos Aires: Edhasa, 2007.
- TATO, María Inés. *Viento de Fronda*. Liberalismo, conservadurismo y democracia en la Argentina, 1911-1932. Buenos Aires: Siglo XXI editores, 2004.
- WILLIAMS, Raymond. *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península, 1980.
- ZANATTA, Loris. *Del Estado Liberal a la nación católica*. Buenos Aires: UNQ, 2005.
- ZULETA ÁLVAREZ, Enrique. *El nacionalismo argentino*. Buenos Aires: La Bastilla, 1969.

**Fuentes:**

- Fuera de casa. In: *Criterio*, n. 33, 18 oct. 1928.
- Criterio*, n. 170, 4 jun. 1931.
- FRANCESCHI, Gustavo. El hombre del tango. In: *Criterio*, 258, n. 9 feb. 1933.
- GÁLVEZ, Manuel. *Nacha Regules*. Buenos Aires: PAX, 1919.
- \_\_\_\_\_. *Vida de Hipólito Yrigoyen* (El hombre del misterio). Buenos Aires, 1939.
- IBARGUREN, Carlos. *De nuestra tierra*. Buenos Aires: Agencia general de librería, 1920.
- \_\_\_\_\_. *La Historia que he vivido*. Buenos Aires: Dictio, 1977 (edición original 1949).
- \_\_\_\_\_. *En la penumbra de la Historia Argentina*. Buenos Aires: La Facultad, 1932.
- IRAZUSTA, Julio. *Actores y espectadores*. Buenos Aires: Dictio, 1978 (primera edición 1937).
- \_\_\_\_\_. *El pensamiento político nacionalista*. Buenos Aires: Obligado, 1975. Tomo 2.
- \_\_\_\_\_. El obrerismo de Yrigoyen. *La Nueva República*, n. 19, 23 jun. 1928.
- IBARGUREN, Carlos; IRAZUSTA, Rodolfo. *La Argentina y el imperialismo británico*. Buenos Aires: Independencia, 1934.
- LUGONES, Leopoldo. *La Patria Fuerte*. Edición del Círculo Militar, 1930.
- \_\_\_\_\_. *La Grande Argentina*. Buenos Aires: Babel, 1930b.
- \_\_\_\_\_. El escritor ante el deber. *La Nación*, 1937.
- \_\_\_\_\_. *La torre de Casandra*. Buenos Aires: Atlántida, 1919.
- M.E.D. La masa no sigue ideas sino hombres. In: *Criterio*, n. 2, 15 mar. 1928.
- PALACIO, Ernesto. *La Historia falsificada*. Buenos Aires: Difusión, 1939.
- \_\_\_\_\_. *El espíritu y la letra*. Buenos Aires: Serviam, 1936.
- QUESADA, Julio. *Orígenes de la Revolución del 6 de septiembre de 1930*. Buenos Aires: Librería Anaconda, 1930.
- REYES, Marcelo. El deporte como finalidad cultural y estética. In: *Criterio*, n. 15, 14 jun. 1928.
- SAROBÉ, José María. *Memorias sobre la Revolución del 6 de septiembre de 1930*. Buenos Aires: Gure, 1957.

Recibido: 16 de agosto de 2015  
Aprovado: 19 de octubre de 2015